

El 21 de octubre de 2011, el grupo terrorista ETA anuncia el cese definitivo de la violencia en un comunicado, suscitando reacciones varias. Mientras unos se alegran de su buena voluntad, otros desconfían: sus autores, unos insanos peligrosos, tramposos y mentirosos, no son de fiar ni tampoco manifiestan arrepentimiento, pues no piden perdón por los crímenes ni se disuelven (doc. 1).

La publicación a finales de febrero de 2012 de un manifiesto escrito por Batasuna (grupo considerado el brazo político de ETA), poéticamente titulado *Viento de Solución* (doc.2), confirma la evolución positiva del conflicto y afirma la voluntad de los soberanistas vascos de conseguir la paz, entre otras cosas con la creación de una Comisión de la Verdad imparcial e internacional. Con unos términos recurrentes de “paz”, “proceso democrático”, “reconciliación”, “verdad”, “resolver”, “solución”, el documento aboga por la creación de un mundo mejor, según un ideal de justicia y cooperación. El PSE se alegra de ello (doc. 3).

Sin embargo, por otros términos, reiterados también, el texto no deja de ser ambiguo. Se oyen unas órdenes imperiosas (“los Estados español y francés tendrán que” / “Los Estados español y francés deberán”, “no aceptamos”) que suenan amenazantes y nada conciliadoras: al compromiso de ETA debe responder un acto agradecido del gobierno. Es que Batasuna no abandona las reivindicaciones: excarcelación y hasta amnistía de los presos, legalización del partido ilegal Sortu y libre determinación del pueblo vasco a decidir de su futuro. Exponer condiciones acarrea un estancamiento de la situación: si para ETA acercar presos y hasta amnistiarlos es la condición previa al anuncio de su disolución, para el gobierno la disolución es el acto previo a un acercamiento de presos (doc. 3 y 4).

Por fin, el manifiesto no vacila en tachar al Estado de terrorista, condenando con términos tajantes unos abusos ilegales (“políticas de tirar a matar, torturas y tratos inhumanos, discriminación”, “política de guerra sucia de ambos estados”). Al calificar las actuaciones del Estado de atrocidades presenta a los “beligerantes” como iguales. Asimismo, al culpar Amaiur, partido recién formado y legalizado, al Estado por su brutalidad bárbara y por los “centenares, miles de torturados” (doc. 5), éste se niega a considerar que el Estado tenga más legitimidad en sus exigencias que los soberanistas, para sugerir que la postura de cada uno de los partidos es equivalente.

Las reacciones en España son unánimes (doc. 3). Todos lamentan que la izquierda abertzale no exprese ningún remordimiento pero sí siga sin exigir de ETA la disolución, por respeto o miedo. Al enterarse de las quejas, Batasuna se empeña: descarta la noción de perdón, digna de párrocos e imperialistas (doc. 4), confesión culpable creadora de una jerarquía implícita entre “vencedores” y “vencidos”.

El abandono de las armas -relativo fracaso de la banda- da paso a una lucha verbal, con riesgo de manipulación y reescritura de la historia, inversión o reequilibrio de papeles y valoración del punto de vista de los terroristas, considerados interlocutores válidos, equivalentes al Estado, defensores de un comportamiento e ideología legítimos. Así como ocurre con el franquismo y la guerra civil, existe el riesgo de una reivindicación de “simetría” (doc. 1).